

na, y la adornó el orador con la exhibición de ejemplares zoológicos disecados, traídos del Museo de Historia Natural, que le sirvieron para convertir la disertación en *lección viva*.

Las "Razas americanas," correspondieron al profesor de la Facultad de Ciencias Don Manuel Antón, iniciador de los estudios antropológicos en el Ateneo. Pudo calificarse la suya de conferencia muy bien parlada, con clasificaciones metódicas y rigurosas, y auxiliada por el aparato de proyección, que arrojaba á la pared las siluetas de los indios, en placas preparadas por el Sr. Martí. Verdadera conferencia, no leída, sino hablada con soltura, y á que dieron importancia las relaciones entre las razas americanas y las asiáticas y europeas, demostradas por medio de observaciones llenas de novedad científica.

El ya clásico Vilanova, el abuelo de los estudios paleontológicos en España, aquel cuyo *hombre terciario* provocó tantas pullas; el académico de todas las

Academias de carácter científico, nuestro representante en todos los Congresos europeos, el que puede alabarse de cuarenta años de incesante y asidua labor, fué el encargado de disertar acerca de la "Protohistoria americana." Hizolo con mapas, con doctrina, tal vez con deficiencia de sabor literario... Mas no seamos exigentes con este precursor, tan digno de estimación en su línea.

La "Lingüística americana," corrió á cargo de Don Francisco Fernández y González, catedrático y decano de la Facultad de Filosofía y letras, y académico electo de la Española. Tal fué la dosis de erudición y de conocimientos especiales con que reforzó su discurso el Sr. Fernández y González, que el público femenino se levantó y abandonó las tribunas abrumado bajo el peso de tanta doctrina. Entre las ideas originales y dignas de consideración que esmaltaron el discurso del nuevo académico, se destaca la comparación del idioma azteca con el griego moderno; él cree análogas ambas lenguas.

Nadie mejor que Don Juan Facundo Riaño, académico de la Historia y de San Fernando, y versadísimo en arqueología, para tratar del "Arte monumental americano.". Riaño imprimió á su conferencia carácter de vulgarización, haciendo entrar por los ojos los conceptos. Provisto de un aparato de proyección, hizo surgir sobre inmenso telón de lienzo, ya la silueta de un templo peruano, para compararlo con otro etrusco, ya las formas extrañas y simbólicas de un *teocalli* mejicano, al lado de una pagoda japonesa. Por estas indicaciones puede colegirse que la conferencia versó casi exclusivamente sobre arquitectura. Buscó y encontró el conferenciante misteriosa semejanza entre el carácter tosco, ciolópeo, del arte quichua y del etrusco, así como entre la caprichosa disposición ornamental del estilo mejicano y del nifonés. En la segunda parte de su discurso, Riaño explicó estas relaciones y analogías, y al paso rebatió con gran copia de doctrina la tesis sostenida por Don Eduardo Saavedra, que ha-

bía votado en pro de la incomunicación absoluta de los dos continentes hasta la llegada de Colón.

Rada y Delgado también figura entre los arqueólogos. Pertenece á la Academia de la Historia y á la de San Fernando, y es director del Museo Arqueológico, y catedrático y director de la Escuela superior de Diplomática, que en Francia se llama *École des Chartes*. Había elegido el interesante tema "Cerámica americana.", y trajo del Museo vasos, ánforas y otros objetos, algunos de indiscutible importancia, aun cuando otros pareciesen modernos y sospechosos á varios americanos entendidos que asistían á la conferencia. El público seguía con atención un tanto distraída la docta disertación del orador, hasta que llegó el momento de presentar los famosos *Urones* ó vasos fúnebres del Perú. Al oír la rara y plañidera voz de tan curiosos cacharros, la concurrencia se animó, se incorporó sorprendida en el asiento, y desde aquel mismo instante fué toda oídos, como suele

decirse. ¡Tal es el influjo de la imaginación, elemento esencial hasta de la propia enseñanza científica!

Siguió á Rada y Delgado Don Francisco Pi y Margall, jefe de los republicanos federales, político de mucha cuenta, escritor de vastos conocimientos, é historiador de las regiones americanas; y para mis lectores en ellas escribo estos pormenores, pues aquí son más conocidos todavía los antecedentes del señor Pi. Había resuelto Pi dar dos conferencias, tratando en la primera del "Estado general de América en la época del descubrimiento", y fué á escucharle con particular interés, porque no le había oído nunca. Pi y Margall es hoy un señor mayor apacible, de cutis fino y sonrosado como el de una doncella, de barba blanca como el ampo de la misma nieve, de ojos profundos y enigmático mirar: parece en su corte fisionómico y en su colorido á los santos bizantinos de piedra que decoran la Gloria de la Catedral de Santiago, y algo también á los alqui-

mistas y astrólogos que pintan Durero y Rembrandt. Tiene un hilito de voz apagada y escasa: dice sin fuego ni pretensiones de galanura retórica: su estilo es sencillo hasta dar en monótono: emplea á cada momento las oraciones primeras de activa, —y no obstante todas estas que bien pueden llamarse deficiencias oratorias, el auditorio permanece suspendido de sus labios, porque siempre dice algo que merezca la pena de oírse. El concurso, saboreó con doble golosina la peroración de Pi, porque no se le había oído en el Ateneo, que no frecuenta.

Fijóse Pi muy principalmente en las creencias é instituciones de los indios, y con gran método expuso las notas comunes que encuentra entre la civilización americana anterior á la conquista y la europea de la misma época. Observó lo que faltaba á los indios para poder desarrollar su agricultura, su industria y su navegación, y se fijó en el sorprendente partido que supieron sacar de la imperfectísima canoa, embarcación tan identificada, por

decirlo así, con el americano, que en la guerra del Paraguay con el Brasil pudieron apresarse buques acorazados por medio de canoas. Consagró después largos párrafos al estudio de la lingüística americana, llenando los vacíos que pudiese dejar el estudio de Fernández y González. Y con prudencia digna de sus años y de su conocimiento del mundo, supo evitar todo alarde de radicalismo político ó religioso, y habló como debe hablarse desde aquella cátedra, con serenidad y moderación. El público á su vez, depuestas las prevenciones que la política suele condensar en torno de algunas privilegiadas cabezas, oyó con atención, con gusto, con respeto, y acudió tan numeroso y apiñado como sólo había acudido á la de Oliveira Martins. Muchos que no se tomarían la molestia de conquistar á codazos y empujones un asiento en la tribuna parlamentaria, sufrieron aquella noche aperturas y calor, á trueque de oír á Pi y Margall.

Le estaba reservado abrir el segundo

período de las conferencias, continuando y desarrollando el mismo tema de la primera suya. Los que conocen la *Historia de América* del ilustre hombre público (obra por desgracia interrumpida) pudieron encontrar en su discurso una síntesis ó, por mejor decir, un compendio de las ideas emitidas en esa obra (ideas que, por cierto, no sancionan todos los peritos en asuntos americanos, pero ya se sabe que los doctos rara vez están de acuerdo en cosa ninguna). Generalizando lo que en la *Historia* particulariza, Pi disertó sobre las instituciones políticas y religiosas de Méjico; combatió el supuesto de que fuese una república Tlascalca; recordó ritos y supersticiones, costumbres patriarcales y costumbres sanguinarias, como los sacrificios humanos al terrible dios de la guerra; comparó las pirámides, sobre todo la gran pirámide de Cholula, con las egipcias, y dedujo que no suponían parentesco entre ambas razas; y sin perder el compás de la moderación en gesto ni acento, bajó de la tribuna, donde le sucedió po-

cos días después Cesáreo Fernández Duro.

Nadie ignora que este señor, uno de los iniciadores de la gran disputa colombina en el Ateneo, ha consagrado su vida á esclarecer, por medio de prolijas investigaciones, que forman muchos volúmenes, la historia y los fastos, más gloriosos que felices, de la marina española. Revestido de gran severidad en sus investigaciones, Fernández Duro rara vez acepta la leyenda histórica, y algunas ha deshecho, por ejemplo, la que atribuía á Felipe II al saber la pérdida de la *Invencible*, la célebre exclamación: "No la envié contra los elementos, sino contra los hombres...". Desde hace bastantes años, siguiendo las huellas de Navarrete, viene Fernández Duro aplicando los mismos procedimientos analíticos á la leyenda colombina. Sin embargo, en el Ateneo, al impugnar los "errores comunes de la historia de Colón, dulcificó la forma, se calzó guante blanco, para no herir ni escandalizar, llevando la crítica por la suave y resbaladiza pen-

diente de la literatura. La conferencia, titulada *Primer viaje de Colón*, fué minorativa de la gloria del descubridor de América; si ésta se ha de creer disminuida en razón directa del incremento que tome la de Martín Alonso Pinzón. Del discurso de Fernández Duro se deduce el carácter del cosmógrafo genovés y el del marino español: aquél prudente, cauto, sagaz y perseverante; éste intrépido, resuelto, con la ardiente tenacidad de la raza ibera, que se agiganta en presencia de lo imposible. Sin Pinzón—resulta de la conferencia de Fernández Duro (y las mismas corrientes de pensamiento habían predominado ya en la de Cánovas)—ni el equipo y armamento de las carabelas, ni el descubrimiento mismo, se hubiesen obtenido entonces.

Lo repito: no obstante lo rotundo de tales afirmaciones, nuevas para los que no conocen sus libros, Duro no sublevó al auditorio. Se le oyó en paz, con gusto, con aquiescencia, hasta con patriótica alegría, porque, hábil en sortear esco-

llos (marino al fin y al cabo), supo envolver en gasas poéticas su tesis. Hubo quien salió de allí convencido de que acababa de oír un ditirambo á Colón.

No fué de éstos Don Patricio Montojo, capitán de navío de primera clase y persona muy competente y discreta, encargado de la conferencia que por riguroso orden siguió á la de Fernández Duro y versó sobre la *Primera tierra descubierta por Colón*. El conferenciante llenó su cometido cumplidamente, demostrando con abundancia de argumentos que la opinión fundada é incontrovertible es la sostenida por Don Juan Bautista Muñoz en su *Historia del Nuevo Mundo*, donde asegura ser la primera tierra americana que Colón pisó, la isla de Guanajaní. Don Juan Bautista Muñoz, dicho sea de pasada, puede aspirar al dictado de venerable abuelo de los americanistas contemporáneos, que en el riquísimo tesoro de datos recogidos por él han encontrado fuentes para su ciencia.—Volviendo á la conferencia del Sr. Montojo, diré que el

distinguido marino, muy contrapuesto en opiniones á Duro, no perdió la ocasión de entonar un himno de entusiasmo al descubridor del Nuevo Continente.

Cual si no esperase otra señal para romper el fuego, salió inmediatamente á la palestra Don Luis Vidart, oficial retirado del cuerpo de Artillería y polígrafo muy respetable, conocido y apreciado en toda España. La historia literaria de Vidart tiene algunas páginas brillantes, siendo quizá la mejor su tomo de *Indicaciones bibliográficas*, titulado *La filosofía española*, impreso en 1866, enteramente agotado, y del cual desean muchos se publique nueva edición. En este libro, anticipándose á las explícitas afirmaciones de Menéndez y Pelayo, Vidart dió cuerpo á la idea de que en la Península hubo pensadores y pensamiento filosófico original é independiente, gloria que nos negaron y todavía nos niegan escritores extranjeros y nacionales.—Vidart ha escrito mucho más, pues siempre fué persona estudiosa y activa con la pluma; do-

tado de entusiasmo en cierto modo juvenil, y de mucho espíritu patriótico, suele figurar su nombre al frente de las empresas que tienen por objeto honrar á España en la gloria de sus hijos ilustres, verbi-gracia el centenario de Calderón, el del marqués de Santa Cruz de Marcenado, el de Don Alvaro de Bazán, conquistador de las Islas Terceras, cuya estatua se eleva hoy en la plaza de la Villa. — Cuéntase también Vidart entre los fieles del Ateneo, y dada la dirección de sus estudios históricos, principalmente en estos últimos años, no podía faltar su nombre en la lista de los conferenciantes.

Como pocas conferencias de las del centenario corren impresas todavía, lentitud que no apruebo, porque entiendo que las escritas deben estar impresas el mismo día que se leen, y repartirse y venderse sueltas al siguiente, aun cuando, ya terminadas, se reúnan formando tomo, yo he procurado fijar en la memoria el discutidísimo texto de las de Vidart, y gracias á esta precaución puedo dar un

extracto de tan debatido trabajo, que produjo una especie de motín.

Titúlase la primer conferencia de Vidart *Colón y Bobadilla*. Nadie ignora que estos dos nombres se habían considerado hasta hoy en contraposición ó antítesis, digna del teatro de Víctor Hugo. Colón era el héroe sin tacha y sin miedo, representante de Dios, emblema de la perfección suma, no sólo en inspiración é inteligencia, sino en bondad y paciencia; sufridor de injustas persecuciones y de ingratos desvíos, acusado y cargado de prisiones, y resplandeciente de serenidad augusta en medio de la tiránica crueldad con que se le recompensaba por habernos regalado un mundo. En cambio Bobadilla era el ruín envidioso, el traidor emboscado en acecho de su víctima; el genio del mal, el vampiro de la gloria, el verdugo que tortura á un inocente; su nombre se convirtiera en padrón de infamia; y lo mismo que se dice "un Zoilo, un Mevio, un Aristarco, un Térsites,," decíase "un Bobadilla,," para significar un ser des-

preciable. "En lo que puede llamarse la leyenda colombina", declara Vidart, "al lado de las manchadas figuras del rey Don Juan II y del comendador Bobadilla, se agrupan las del obispo Don Juan de Fonseca, injusto enemigo de Colón, las de los ignorantes doctores salmantinos, que negaron la posibilidad del viaje á las Indias por mares hasta aquel entonces nunca navegados, la de Don Fernando el Católico buscando medios para no cumplir lo que había ofrecido en las capitulaciones de Santa Fé, la de Martín Alonso Pinzón, maquinando traiciones contra el primer almirante del mar Océano, la del comendador Nicolás de Ovando, impidiendo sin causa justificada que desembarcase en la Española el inmortal nauta, que pocos años antes la había descubierto; en suma, casi todos los portugueses y españoles que mayor parte tuvieron en el descubrimiento del Nuevo Mundo, á creer la leyenda colombina, merecen eterna condenación de la justicia y de la historia." Contra esta serie de acusaciones que cubre de

afrenta y sonrojo la faz de la patria, dirige Vidart sus tiros, y dispara (es frase que le aplicaron los periódicos) estruendosos cañonazos, sin mirar qué edificio derrumba, ni tener compasión de las más altas torres.

Sin embargo, en muestra de imparcialidad, principió Vidart leyendo los capítulos que en la *Historia del Almirante de las Indias, Don Cristóbal Colón*, escrita por su hijo, refieren el despacho de Bobadilla y cautiverio y proceso del genovés.—Esta obra es la fuente de donde manó la leyenda colombina, y donde se empaparon los ardientes colombófilos, como Roselly de Lorgues; los que pedían para Colón el nimbo de los santos y la peana del altar.—¿Qué ha de escribir de su padre un hijo? La obra, aunque dignísima de interés, claro está que no se puede aceptar sin discusión. Por eso advierte Vidart: "Lo escrito por Don Fernando Colón al tratar de Bobadilla, más que relato histórico, es una sentencia condenatoria del sucesor de su padre en el go-